

Una reflexión sobre la episteme dominante: la división de saberes de la modernidad-capitalista y crisis del sistema histórico actual

Marlon Javier Téllez Angarita

Trabajo de grado para optar al título de Historiador y Archivista

Director

Dolly Esperanza Rojas Peña
Magister en TICS para la Educación

Universidad Industrial de Santander
Facultad de Ciencias Humanas
Escuela de Historia
Historia y Archivística
Bucaramanga
2024

Dedicatoria

A mi abuela, la forma más pura e imperfecta de la vida; con ella y su ternura, terca y amorosa, comprendí que el oficio de vivir, como dijera Lucien Febvre, es el mismo oficio de la historia.

A mi madre, árbol y raíz, mito y realidad, madre y amiga, maestra artesana, que con su hilar paciente y sagrado, ha bordado la red de mis días. Para ella y a quienes ella representa va dirigida esta imperfecta reflexión escrita.

Agradecimientos

A Dolly, amiga, profesora y maestra.

Al profesor William Buendía, quien, con tino y sabiduría, siempre supo escuchar.

A la Universidad Industrial de Santander, por tantos años allí. Mi segundo hogar.

Tabla de Contenido

Introducción	7
El sistema-mundo, la modernidad-capitalista y los discursos histórico científicos.....	11
La universidad y la institucionalización de las ciencias sociales	17
La crisis de la historiografía “objetivista”	20
La importancia de Marx, el pensamiento crítico y el “lado” negativo de la historia.....	22
La episteme segmentada	24
Las resonancias de la revolución francesa: del “mito histórico” de la sociedad inmóvil a la aceptación del “cambio normal” y el nacimiento de tres instituciones fundamentales.	26
El papel de las ideologías y del marxismo.....	30
Agendas políticas y ciencias sociales	31
Ideología liberal, vida cotidiana y redefinición de la historia	31
La normalidad del cambio en las naciones civilizadas	32
La revolución cultural de 1968	35
Historia y Archivística: ciencias histórico sociales	37
Conclusiones	43
Referencias Bibliográficas	47
Anexos	55

Resumen

Título: Una reflexión sobre la episteme dominante: la división de saberes de la modernidad-capitalista y crisis del sistema histórico actual.*

Autor: Marlon Javier Téllez Angarita.**

Palabras Clave: Impensar, sistema-mundo, ciencias histórico-sociales, disciplinas.

Descripción: Este artículo se propone impensar las condiciones materiales históricas que hicieron posible la actual división de saberes en disciplinas segmentadas y las graves implicaciones que dichas divisiones han causado hasta el día de hoy. Para explicar tal tesis hemos tomado la perspectiva del “sistema-mundo” de Immanuel Wallerstein (“world system approach”). Perspectiva histórico-social que ha sido desarrollada por el autor durante los últimos cincuenta años y la cual nos parece hoy la perspectiva teórica y crítica más importante, sugestiva y provocadora para pensar el mundo actual. La metodología utilizada ha sido utilizar el retrato y el relato como categorías narrativas que permiten describir o trazar grandes periodos espacio-temporales. Postulamos la necesidad de salir de los paradigmas agotados multi/trans/pluri/interdisciplinarios para pensar colectivamente a partir de la noción de ciencias socio-históricas, con la convicción de que hay que tomar una postura moral ante la perversidad de la economía-sistema-mundo actual.

* Trabajo de Grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Historia. Historia y Archivística. Director/a: Dolly Esperanza Rojas Peña. Magister en TICS para la Educación.

Abstract

Title: A reflection on the dominant episteme: the division of knowledge of capitalist-modernity and the crisis of the current historical system.*

Author(s): Marlon Javier Téllez Angarita.**

Key Words: Unthinking, world-system, socio-historical sciences, disciplines.

Description: This article aims at unthinking the historical material conditions that made possible the current division of knowledge into segmented disciplines and the serious implications that such divisions have caused until today. In order to explain this thesis, we have taken Immanuel Wallerstein's "world system approach". This social-historical perspective has been developed by the author over the last fifty years and seems to us today to be the most important, suggestive and provocative theoretical and critical perspective for thinking about today's world. The methodology used has been to use the portrait and the story as narrative categories that allow us to describe or trace large spatio-temporal periods. We postulate the need to leave the exhausted multi/trans/pluri/inter disciplinary paradigms to think collectively from the notion of socio-historical sciences, with the conviction that it is necessary to take a moral position in the face of the perversity of the current world-system-economy.

* Degree Work

** Faculty of Human Sciences. History School. History and Archival. Project Manager: Dolly Esperanza Rojas Peña. Master's Degree in ICT for Education

Introducción

El interés general que hilvana este relato y que busca despertar este artículo está relacionado con la presente crisis del orden de los saberes sociales y científicos en el mundo actual. Esta crisis es un componente más de la amplia crisis del sistema histórico vigente. Un segundo interés particular y no ajeno al anterior remite a las relaciones entre la historia y la archivística y sus aparentes divisiones. Para entender la crisis del orden de los saberes o disciplinas y en concreto la relación de historia y archivística primero debemos perfilar el tipo de proyecto mundial que las concibió y las moldeó tal y como hoy las conocemos, así como la importancia de los discursos histórico científicos para legitimar el proyecto economía-mundo que lo engendró. Luego de perfilar dicho proyecto, amplio y complejo, nos centraremos en el contexto local de la actual propuesta de pregrado en historia y archivística que ofrece la universidad industrial de Santander (UIS). No pretendemos ofrecer respuestas sino señalar algunos aspectos específicos y plantear algunas preguntas. Sus limitaciones. La necesidad de teorizar. La exigencia de la autocrítica y la importancia de reflexionar sobre los alcances y los límites del oficio científico social. La importancia de no limitarse solo a lo operatorio y al tecnicismo. Hemos observado que en el cumulo de la producción intelectual de la escuela -tesis de pregrado y posgrado y revistas académicas-, desde que se creó el programa de Historia y Archivística en 2013, no existe ningún trabajo teórico que se encargue de reflexionar sobre nuestro oficio científico y su quehacer. El programa se propone formar profesionales deliberativos y democráticos, pero en lo que respecta a los presupuestos epistemológicos que subyace a las relaciones entre historia y archivística no parece ser ese el caso. Desde que se creó la carrera (Suárez Pinzón, 2012), y a partir de lo estipulado

en el marco legal con la ley 1409 de 2010, parece no haber un interés genuino por establecer un debate riguroso sobre los límites y las posibilidades de dichas disciplinas.¹

A partir de la situación anterior y para entender críticamente cuáles pueden ser las posibles causas de la falta de interés y la apatía ante este tipo problemas por parte de la mayoría de los profesionales de las ciencias sociales por entablar un diálogo que vaya más allá y supere las limitaciones entre disciplinas, el presente artículo expone un cuadro general desde el inicio de la modernidad capitalista o sistema-mundo (1492) hasta el siglo XIX, sus consecuencias e implicaciones como suceso histórico-mundial, su importancia y trascendencia para la historia del mundo moderno actual, para luego ubicarnos en los componentes que condicionan los saberes sociales de los últimos cincuenta años. Explica, además, la necesidad de cuestionar la episteme que subyace a la actual división de disciplinas tal y como las entendemos hoy, episteme ya agotada y con la que, sin embargo, las instituciones y los científicos sociales siguen aun hoy día trabajando, reflexionando y legislando; episteme que es a su vez una realidad impuesta, ordenada y entendida a partir del papel representado en los últimos cinco siglos por la modernidad capitalista o economía-mundo moderno. Se nos repite hasta la saciedad que la objetividad va por delante, pero veremos que la historia de la creación y el diseño de las actuales ciencias sociales está lejos de ser

¹ Y así quedó constancia en el texto de la profesora Ivonne Suarez Pinzón sobre los artículos 3, 4 y 5 del proyecto de ley 036 de 2007 Cámara – 225/07 y la posterior Ley 1409 de 2010. Allí la autora polemizó sobre la necesidad de una visión interdisciplinaria respecto a las disciplinas como la historia y la archivística, así como las consecuencias de negar esta opción teórico-metodológica. Subrayó, además, los intereses privados, políticos y económicos que subyacen a la promulgación de dicha ley y que privilegian el título obtenido por sobre la importancia del ejercicio y la reflexión historiográficas y, en últimas, interdisciplinarias. Se infiere que para la autora la decisión de la Corte Constitucional en las disposiciones establecidas en la ley 1409 de 2010 es objetable, pues, si bien la Corte cumple un papel necesario de autoridad garante de la constitución de 1991, no es esta condición suficiente para tomar una decisión que tiene implicaciones científico-sociales importantes.

La interpelación realizada por la profesora Suarez (UIS) y demás entidades ante la corte ilustra muy bien la normalidad de la utilización del pensamiento científico-social por parte de los miembros adherentes al estado o instituciones con intereses personales, y como queda relegado a una mera instrumentalización con evidentes fines “prácticos” y económicos por parte de unas autoridades que operan en la realidad a partir de concepciones fragmentarias y poco críticas de la realidad.

un proceso objetivo. Impugnar la “multi”, “inter”, “pluri”, “trans” disciplinariedad es señalar la crisis irreversible de la episteme vigente desde 1870 a 1968, que concibió, en el último tercio del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, una visión de lo social basada en espacios fragmentados, autónomos entre sí, correspondientes a cada ciencia y disciplina social. Subsiste hoy día y hace ya varias décadas una tensión estructural tan grande que, en palabras de Wallerstein, el único resultado posible es una desintegración del sistema como tal o un proceso de transformación controlada.

El objeto de exponer el cuadro global de las actuales ciencias sociales y la necesidad de cuestionar la episteme que las soporta es abrir nuevas posibilidades desde el oficio científico social. Hay que tomar consciencia de la decadencia de los marcos explicativos segmentados desde los cuales seguimos trabajando. Continuamos operando desde “paradigmas metafísicos elementales que han sido consecuencia y baluarte del surgimiento del capitalismo como sistema-mundo” (Wallerstein, 1998). Por ello nos guía una triple convicción: la certidumbre de que la historia no es simplemente una forma científica del conocimiento de la realidad, sino que es también y sobre todo una herramienta crítica de formación y construcción de juicio y criterio. Una segunda convicción es que al oficio científico histórico social es transversal el postulado ético y cívico de la verdad, entendida como el derecho del ciudadano a la comprensión de la sociedad en la que vive. La historia como conocimiento pero también la historia en su función social (Florescano, 2012) y, aún más, la historia como arma (Moreno Friginals, 1983). Una tercera convicción es que la archivística debe desligarse de sus presupuestos funcionalistas e institucionalistas, pues es parte de una categoría que desde ya queremos anunciar aquí como propuesta para empezar a desintegrar los falsos límites entre disciplinas: es parte de las ciencias histórico sociales o socio-históricas. De

manera que el objeto de la archivística debe ser el constante cuestionamiento acerca de los documentos sin limitarse a depender del Estado y las instituciones, sin limitarse asimismo a labores operativas de gestión, conservación y preservación; abriéndose a todo tipo de soportes de información y no limitándose a los manuscritos. Tanto la archivística como la historia son ciencias sociales históricas². Por lo anterior, es que vemos necesario *impensar* los presupuestos generales que han tenido, y tienen al día de hoy, las ciencias al aproximarse a la realidad, ya que gran parte de sus planteamientos son engañosos y restrictivos, resultado de una estrategia de un proyecto de economía-mundo que las ha constituido y, en consecuencia, que ha establecido las denominadas “tres” culturas diversas³ (Lepenes, 1994). Nos parece que las instituciones no han sido plenamente conscientes de la urgente y legítima necesidad de abrir las ciencias sociales pese al diagnóstico realizado y a las propuestas planteadas por Wallerstein junto a otros científicos (Wallerstein, 1996). Es más, los defensores de estos postulados son una minoría. Por consiguiente, creemos que para articular la historia y la archivística (en el caso concreto que nos ocupa), y de manera general el resto de saberes humanos y disciplinas sociales, es fundamental observar críticamente la constitución histórica de la episteme (o metafísica) que ha guiado nuestra sociedad al régimen de las especializaciones y de las fragmentaciones en que seguimos embelesados los profesionales académicos, las instituciones públicas y en general el resto de la sociedad. El horizonte temporal desde el cual se quiere ubicar la presente reflexión no es otro que el de la modernidad capitalista, surgida en 1492.

² Tomamos la noción de “ciencia social histórica” de Immanuel Wallerstein, quien utiliza dicha denominación para designar el trabajo colectivo de todos aquellos que se dedican al estudio de la sociedad y de “los hombres en el tiempo”.

³ Las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades.

El sistema-mundo, la modernidad-capitalista y los discursos histórico científicos

Este apartado no quiere ser exhaustivo porque hay trabajos que exponen con mucho detalle y más ampliamente en qué consiste y cuál es la función condicionante que ha ejercido la metafísica aquí impugnada (Wallerstein, 1998), (Prigogine & Stengers, 1990), (Balandier, 1993). Enfatizamos, antes bien, el pensar históricamente como un pleno ejercicio, denso y complejo, que constituye aprender a valorar los hechos, los acontecimientos y los procesos en su simultaneidad y en sus múltiples componentes; hemos decidido seguir un orden de reflexión crítico modesto, a hombros de científicos sociales ambiciosos sin embargo, ya que consideramos que la ciencia histórico social, como hemos dicho, no se limita a la repetición de una serie de operaciones y técnicas, metodologías y enfoques para reproducir, sino que, antes bien, es un posicionarse crítico ante la realidad del mundo y ante todo ante el propio oficio. Nos limitaremos a subrayar algunos rasgos generales.

Hay un amplio debate respecto al momento en que debe ser ubicado el nacimiento de la modernidad⁴ (Wallerstein, 1979), (Braudel, 1984), (Dussel, 2000). Se ha establecido que es factible datar el origen de la modernidad a partir del siglo XVI, reconociendo un “largo siglo XVI” que va desde 1450 hasta 1650. Allí, junto a las primeras formas de producción capitalista y expresiones de la sociedad burguesa: la vida civil, la vida política y cultural, se forman los diferentes discursos histórico científicos. En este marco espacio temporal se observan formas nuevas de entender la historia: por un lado (y a diferencia de los discursos históricos medievales

⁴ Marx afirma en su obra *El Capital*, que “la era del capital data del siglo XVI”. Misma posición mantenida por Immanuel Wallerstein en su libro *El moderno sistema mundial, Tomo I*; una postura distinta es la que sostiene Fernand Braudel en *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*; asimismo Enrique Dussel, representante máximo y co-creador de la “filosofía de la liberación”, definirá dos conceptos de “Modernidad”. El primero es eurocéntrico, provinciano y regional. El segundo es mundial, en acuerdo con Wallerstein, y define como determinación fundamental del mundo moderno el hecho de ser “centro” de la Historia Mundial.

y precapitalistas caracterizados por apelar a la fe y a testigos directos o a santos, etc.), aparecen nuevas formas de indagación de la historia y, por otro lado, surge una nueva forma de elaborar los resultados historiográficos. Estas transformaciones discursivas son análogas, y asimismo son la expresión, de la modernidad y de los sistemas de conocimiento⁵ que proporcionaron las bases del mundo moderno, que va desde el siglo XVII hasta la primera mitad del siglo XIX. Ahora bien, durante este auge de la cultura burguesa se afirman dos modalidades del discurso historiográfico, uno proveniente de las *filosofías de la historia*⁶, y el otro de *las historias empiristas y objetivistas*⁷. Estas variantes intelectuales expresaron los trazos o intenciones centrales de los objetivos de la moderna sociedad burguesa capitalista. Por primera vez en la historia humana, y a diferencia de las pretéritas historias *locales*, el capitalismo consolidaba un *universalismo abstracto y homogeneizador* que correspondía a su vez al universalismo totalizador del ámbito económico como principio de valor autorreproductor. La sociedad moderna capitalista se construyó con miras a la constante valorización del valor: todo valor es siempre compatible con cualquier valor de uso posible, de tal manera que no hay límite alguno para su extensión a lo largo y ancho del mundo. Sobre esta premisa fundamental se sostiene el sistema-mundo/economía-mundo moderno. Sentadas las bases con dicha visión del mundo fue posible construir una red de mercado mundial, y en este sentido ordenar la base material de una universalización expresada en una historia humana universal.

Esta visión cosmopolita y abstracta que surge sincrónicamente de las condiciones materiales que implica la expansión geográfica la soporta, precisamente, las distintas filosofías de la historia ya mencionadas, postulando e imponiendo una visión unívoca a todo el conjunto

⁵ Newton, Locke y Descartes.

⁶ Representativos de esta corriente son Vico, Hegel, Condorcet, Herder y Kant, entre otros.

⁷ Desde Mabillon hasta el positivismo de Leopold Von Ranke.

de historias locales que no pertenecen a ellas, que conciben la historia humana como resultado de un proceso lineal y único.

Pero, ¿qué llevó a que este proyecto particular de modernidad se modelara de la manera en qué lo hizo?, ¿Cuáles fueron las condiciones geopolíticas que lo posibilitaron?

En líneas generales, hoy sabemos que para 1492 ya existía un “sistema interregional” dominante y hegemónico, del cual China, India y el mundo árabe, así como el mundo Bizantino-ruso eran partícipes, siendo Europa, (que impondría su visión exclusiva del mundo poco después) tan solo una provincia, un espacio sin mucha relevancia (Pachón Soto, 2012). Esta amalgama de componentes convierte a Europa (entendemos por Europa a Francia, Inglaterra, Alemania y en menor medida Holanda) poco después en potencia mundial. Pero primero será España, favorecida por la burguesía naciente, junto a Portugal e Italia, y valiéndose de los conocimientos cartográficos y de navegación de la época, quien se embarque hacia oriente por el atlántico (pues no podía ir por el sur de África porque pues dichas rutas pertenecían a Portugal), apoyándose en Cristóbal Colón.

De manera que a partir del “descubrimiento” en 1492, legítimamente, se forma lo que Immanuel Wallerstein ha conceptualizado como el sistema-mundo, que debe entenderse como un amplio conjunto de redes y circuitos comerciales, promovidos por los descubrimientos de los siglos XV y XVI, que le sirven a Europa como plataforma para su desprovincialización. Una vez se “reemplazó” el mar mediterráneo por lo que la ruta del océano atlántico tenía para ofrecer la historia se hizo mundial por primera vez. El concepto de “sistema-mundo” resulta trascendental y vertebral para comprender, desde una perspectiva crítica, el inicio y las diferentes transiciones e implicaciones de esta “hermana” relación que se conjuga entre la modernidad y capitalismo (Wallerstein, 1988). Por otro lado, Enrique Dussel, filósofo, historiador, teólogo y cocreador de

la filosofía de la liberación, en concordancia con Wallerstein, precisa que la modernidad no es un producto de fenómenos intra-europeos sino que es una experiencia mundial. Mundial por cuanto constituyó y abarcó el mundo, gracias a las tecnologías marítimas y a las redes comerciales ya vigentes en 1492, de norte a sur y de oriente a occidente. Más exactamente, la modernidad es mundial en cuanto que define como determinación fundamental del mundo moderno el hecho de ser “centro de la historia mundial”⁸.

Visto lo anterior, se comprende porqué fueron posibles los distintos discursos historiográficos expuestos en dichas filosofías de la historia, así como su legitimación bajo la nueva lógica incipiente del valor-capital. Estas visiones centralizadas del mundo (Inglaterra, Francia, Alemania) se fueron afianzando poco a poco en el imaginario europeo gracias a los notables aportes de los pensadores ingleses individualistas (Macpherson, 2005) que dejaron su impronta para la construcción del modelo dominante del mundo.⁹ En la lógica económica individualista capitalista de la modernidad el valor puede combinarse con cualquier valor de uso, en una suerte de asociación o amalgama, y por lo tanto es necesario que esa *potencialidad* se actualice de forma constante, por lo cual hay que quebrar y superar la herencia de la *escasez natural* que caracteriza a todas las sociedades precapitalistas medievales.¹⁰ En otras palabras, la sociedad en que se objetiva el capital, o que busca y quiere, está enfocada en una progresiva

⁸ Para Dussel hay dos modernidades. La primera, de 1492, ocupa todo el siglo XVI y sus artífices son Italia, Portugal y España; sus realizaciones y conquistas son las que van a posibilitar “la segunda modernidad”, que corresponde a los siglos XVII y XVIII. El relato generalizado que todos conocemos y el ensalzado por la tradición europea es el de esta segunda modernidad.

⁹ “Según la concepción del individualismo posesivo, el individuo no accedería a su libertad más que en la medida en que se comprende a sí mismo como propietario de su persona y de sus propias capacidades, antes que como un todo moral o como una parte del todo social. Esta visión, estrechamente vinculada al desarrollo de las relaciones de mercado, queda expuesta en las grandes teorías sistemáticas de la obligación política (Hobbes y Locke), así como en las ideas de los radicales *levellers* y de Harrington.”

¹⁰ Para un estudio más amplio sobre este problema y sus implicaciones, Aguirre Rojas recomienda revisar la obra de Jean Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*.

valorización del valor y es por esto que, obviamente, presupone que los productores y la sociedad en general ya superaron -o están superando- el nivel de auto subsistencia y que ejercen una autonomía como consumidores, elemental para el progreso de susodicha sociedad. Como resultado, la estrategia básica y primera de la moderna sociedad capitalista es utilizar la nueva ciencia experimental

“La llamada visión clásica de la ciencia, que predomina desde hace varios siglos, fue constituida sobre dos premisas. Una era el modelo newtoniano en el cual hay una simetría entre el pasado y el futuro. Era una visión casi teológica: al igual que Dios, Podemos alcanzar certezas, y por lo tanto no necesitamos distinguir entre el pasado y el futuro puesto que todo coexiste en un presente eterno. La segunda premisa fue el dualismo cartesiano, la suposición de que existe una distinción fundamental entre la naturaleza y los humanos, entre la materia y la mente, entre el mundo físico y el mundo social/espiritual. [...] Sin embargo esa finitud de la tierra no era, por lo menos hasta hace muy poco, fuente de desánimo. El ideal y la visión de un progreso ilimitado extraía fuerza de la infinidad del tiempo y del espacio, pero la realización práctica del progreso en los asuntos humanos por medio del avance tecnológico dependía de la cognoscibilidad y explorabilidad del mundo, de la confianza en su finitud en ciertas dimensiones clave (especialmente su epistemología y geografía). De hecho en general se suponía que para lograr el progreso era necesario que nos libráramos completa- mente de todas las inhibiciones y de las limitaciones en nuestro papel de descubridores dispuestos a descubrir los secretos más íntimos y a utilizar los recursos de un mundo alcanzable.” (Wallerstein, 1996, pp. 4-6).

La fe en la ciencia como su instrumento principal de progreso, para dominar y entender el mundo que le falta por someter (Prigogine & Stengers, 1990). Las consecuencias de semejante lógica se extienden hasta el presente, pues llevamos alrededor de cinco siglos con esta percepción de las ciencias (naturales y sociales) orientadas a *finés prácticos*; a la búsqueda de la verdad mediante experiencias previas y experimentación; a entender el conocimiento como algo objetivo, instrumental, verificable, útil y productivo. Tales concepciones alimentaron durante mucho tiempo los prejuicios/prejuicios de quienes legislaban en la economía-mundo moderno. No es extraño, en consecuencia, la visión de América que se formaron los representantes de la “civilización”. Todo aquello que tuviera que ver con dicho continente era bárbaro y salvaje, y, en últimas, inferior (Gerbi, 1960). Este prejuicio sobre los americanos lo sostuvieron muchos pensadores ilustres: el Conde de Buffon, Cornelius de Paw, William Robertson y más tarde I. Kant, G. W. F. Hegel y A. Schopenhauer. Egipcios, indios, chinos, etc., todos aparecen, según ellos, por debajo de Europa. Pero insistimos en que este metafísico enfoque de la modernidad habría sido imposible sin el colonialismo físico y epistémico aplicado sobre el resto del mundo y sin los avances técnicos y científicos del siglo XVI. Pues como apuntaría más tarde Karl Marx, la sociedad burguesa fue la primera en la historia humana en la cual el elemento social e histórico se sobrepuso y dominó por encima de lo natural; no en vano la sociedad burguesa fue pionera y constructora de la ciudad, la industria y la desacralización del mundo, es decir, de la tecnificación del mundo. Las implicaciones particulares de tal suceso explican el por qué fue posible pensar por separado lo social de lo natural, la legitimación de lo moderno y civilizado por sobre lo “bárbaro” y lo “salvaje”, la posterior división entre las ciencias naturales y exactas, o duras, y las ciencias sociales. Decíamos entonces que las raíces de los discursos historiográficos y científicos modernos se encuentran en la constitución del sistema-mundo y, junto al progresivo

desarrollo de las ciencias, fueron -y siguen siendo- instrumentos efectivos y eficaces para el capitalismo al mapear e informar sobre el mundo que se abría ante sí.

La universidad y la institucionalización de las ciencias sociales

Durante la Revolución Francesa se desprivatizaron los archivos y se les dio carácter público para que investigadores pudieran acceder, retomando así la noción griega que permitía a los ciudadanos el acceso a los documentos del estado (Pinzón, 2012). Los revolucionarios decidieron proclamar con vehemencia una nueva moral, una nueva estructura de legitimación, cambiando el modo de funcionamiento anterior a 1792, en el cual ya se habían destituido a monarcas a través de levantamientos y se les había obligado a cambiar las disposiciones constitucionales de su régimen. Eran actos ilícitos por parte del monarca, pese a estar sometido por el pueblo. Ahora eso había cambiado, y los revolucionarios habían creado el concepto de voluntad popular. Tal concepto repercutiría de forma asombrosa por todo el mundo durante los dos siglos siguientes. El trastorno cultural que provocó la revolución francesa, tanto en la misma Francia como en Gran Bretaña y en muchos otros países, impuso una presión de legitimidad que no bastaba con simples teorías sobre un orden natural de vida social. En este contexto había una especie de confrontación epistemológica por la legitimidad del conocimiento de la naturaleza, la cual ya había sido prácticamente ganada por las ciencias naturales durante el siglo XVIII, derivó en la lucha sobre el conocimiento del mundo humano. El estado moderno necesitaba un conocimiento exacto sobre el cual basar sus decisiones y ya desde el siglo XVIII empezaron a crearse nuevas categorías, pero no fue suficiente para los filósofos y pensadores que ya se inclinaban por reconocer diferentes tipos de sistemas sociales. Este ambiente revivió la

universidad. La universidad, en palabras de Wallerstein, era una institución prácticamente moribunda desde el siglo XVI debido a su cercanía con la iglesia. Con la resurrección de la universidad con las facultades de filosofía y derecho donde se construyó el conocimiento moderno. El siglo XIX fue el siglo de las disciplinas y la profesionalización del conocimiento y de allí la importancia de las instituciones. Fue una algo así como una complicidad enriquecedora que producía conocimiento y reproducía a los que tenían ese conocimiento. Debemos resaltar acá la fuerte creencia detrás de la creación de disciplinas, la cual no era otra que la de la productividad. Fueron específicamente los que no se dedicaban a las ciencias naturales los que promovieron las universidades: historiadores, anticuarios, estudiosos de la literatura. El fin era obtener apoyo del estado. Los que se dedicaban a las ciencias naturales no habían necesitado antes las universidades porque podían granjearse respaldos mediante otras organizaciones sociales y políticas, pero cuando se introdujeron en las universidades aparecieron las tensiones que hoy día todos conocemos. Este tipo de tensiones no fue tan fructífero como algunos esperaban y terminó por crear fuertes antagonismos. La universidad fue una reacción tardía a la soberanía popular que se proclamó en la revolución francesa. Había que racionalizar el cambio social y controlarlo. Para ello la ciencia era el mejor instrumento porque permitía conocer las reglas que gobernaban a los seres humanos. Cuanto más exacto o positivo fuera el estudio de la sociedad científicamente, mayor estabilidad. Tal era la forma de pensar de los pioneros de la ciencia social moderna en la primera mitad del siglo XIX, sobre todo en Gran Bretaña y Francia, tomando como modelo la física newtoniana.

La historia se constituyó, con su pretensión de contar lo que en realidad había sucedido, como la base para la soberanía nacional, hilvanando y construyendo relatos que permitieran legitimar el poder nacional. La historia ya no era el relato de santos sino el testimonio científico

del pasado y el presente, promoviendo bases sólidas para todo tipo de planeaciones a futuro. La historia, basada en documentación primaria y archivos manuscritos, junto a la ciencia social y natural, rechazó la “especulación” que ofrecía la filosofía. Pese a todo, se negaba a establecer leyes generales para la sociedad, no olvidemos que lo que se quería era legitimar la historia nacional, la historia del pueblo. Augusto Comte zanjó el tema de la ciencia newtoniana y la filosofía y especulativa, planteando él y otras tantas preguntas sobre si era posible que hubiese leyes que gobernarán el mundo. Por supuesto que todas estas preguntas estaban ligadas a asuntos políticos. Si había leyes fijas que determinaran el comportamiento humano era natural entonces el control tecnocrático de cualquier movimiento anarquista que promoviera el cambio. Fue un debate en el que terminó ganando la ciencia, la física. Esta visión de ciencia que descubría objetivamente la realidad fue reafirmada por Comte en la primera mitad del siglo XIX y asimismo se encargó de darle nueva vida al término “física social”. Los intereses políticos de Comte siempre fueron claros: quería salvar a occidente de la “corrupción sistemática” que los gobiernos utilizaban sin vergüenza como consecuencia de la revolución francesa. La física social permitiría el progreso de la sociedad delegando tal función a una minoría de elite que se educara para tal fin. De manera que cualquier herencia de la revolución y las revueltas francesas acabarían de una vez por todas y todo gracias a las nuevas bases espirituales sobre las que se sostenía la nueva sociedad tecnocrática. Por último, debemos señalar que este tipo de actividad científica social tuvo lugar en cinco países que hasta el día de hoy siguen siendo la hegemonía: Gran Bretaña, Francia, las Alemanias, las Italias y Estados Unidos.

La crisis de la historiografía “objetivista”

Krzysztof Pomian narra la culminación (y posterior crisis) de la historia objetivista y erudita que fue el siglo XIX:

*“Porque todas aquellas historias que tenían que ocuparse de sus producciones -del lenguaje, de las literaturas, de las religiones, de las mitologías, del arte- no eran más que historias particulares. La Historia, la Historia a secas y con mayúscula, debía servirles de guía y de modelo. También fue el siglo de oro de los historiadores. Nunca antes su prestigio, ni la opinión que tenían de si mismos, habían alcanzado cotas tan altas. Algunos se creían espíritus puros, situados fuera del tiempo y del espacio, al practicar una **vorurteilsfreie Forschung**¹¹ y al describir, con toda objetividad, lo que realmente había sucedido. [...] Este ambiente solo empezó a cambiar a finales de siglo. Algunos filósofos, sociólogos e incluso historiadores se pusieron a demostrar que la objetividad, los hechos establecidos de una vez por todas, las leyes del desarrollo, el progreso, todas ellas nociones que hasta entonces se habían considerado evidentes y que constituían el fundamento último de las pretensiones científicas de la historia, no eran más que engaños. [...] El acto de acusación era larga y abrumadora.” (Pomian, 2007).*

La crisis de esta historia objetivista y erudita funda la historia de la historiografía. En palabras de Pomian:

“dejó de ser una disciplina puramente bibliográfica y erudita dedicada a la compilación de catálogos, en la que el trabajo se limitaba a sustituir el orden del alfabeto por la cronología.

¹¹ “Investigación carente de prejuicios, en alemán original.” (Nota de la T.)

*Tras sacar las lecciones de la crítica de las aspiraciones científicas de la historia, ésta ve ahora en ella una actividad intelectual más que, junto con otras, forma parte de la vida de una época y de una sociedad dadas de las que no se les puede aislar. La historia de la historiografía adopta así por divisa las palabras de Benedetto Croce: **toda historia es una historia contemporánea.***¹² (Pomian, 2007, p. 84).

El auge y culminación de la historia positivista y objetivista entra en crisis y la historia de la historiografía es el fiel reflejo de estas transformaciones; dejando de ser el sabio en busca de la verdad, el historiador ya no forja mitos y verdades que marcan el curso de los tiempos. Las condiciones de las ciencias exactas o duras no fueron diferentes. En las ciencias como la física, por ejemplo, se cuestionó el conocimiento puro, la supuesta purificación del sujeto para llegar a un estado de objetividad y receptividad que no tiene relación alguna con el objeto. En otras palabras, se cuestionan las verdades inmutables y de validez universal. Para Pomian lo que guiaba aquella dirección de la ciencia había sido una “concepción metafísica de la ciencia” que subyacía, dice el autor, en las metodologías del siglo XIX. Al igual que el autor Pomian sostenemos que la crisis de la historia fue una expresión más del clímax de la propia modernidad capitalista. Es decir, fue una crisis de la razón y de la doctrina del universalismo. No olvidemos que la doctrina del universalismo recibió su justificación en las ciencias físicas porque eran éstas las que proveían resultados concretos para la economía-mundo real. Como nos ha enseñado Aguirre Rojas

¹² El subrayado es mío.

“¿Por qué en los últimos ciento cincuenta años (para nosotros 175) y no cien? Porque, como ustedes saben y como lo estudió la historiografía francesa, los ciclos históricos no respetan nunca, en general, los ciclos cronológicos. Y, así, la historiografía actual no ha comenzado a definir sus perfiles en 1965, ni en 1945, ni tampoco en 1900. Empezó a hacerlo -y ésta es mi primera tesis- justamente en esa coyuntura crítica privilegiada de la historia europea que es la de 1848 a 1870. Y no se trata, como es evidente, de fechas inocentes: 1848 es la época de las grandes revoluciones europeas, mientras 1870 es, efectivamente, la fecha fundamental del experimento de la Comuna de París. Yo diría, entonces, que si nos preguntamos seriamente cuándo empezó a construirse lo que hoy es la historiografía contemporánea, la respuesta más pertinente sería a partir de 1848. Porque es desde esta última fecha cuando los elementos hoy vigentes en el paisaje historiográfico comenzaron a definirse” (Aguirre Rojas, 1998, p.44).

Por lo tanto, el siglo XIX es un momento de auge y crisis que transformó los saberes científicos, así como en el plano geográfico se impuso el capitalismo mundial con su modelo de mercado, así como desde la cultura *La Enciclopedia* y el iluminismo representaron sendos progresos; todo el aparato científico se vio afectado por la lógica de la razón burguesa moderna (Adorno & Horkheimer, 1969), y consolidándose el modo de producción capitalista con la revolución industrial (aspecto económico), se constituyeron las clases y la sociedad civil (aspecto social), y se fundó a su vez el Estado moderno como un espacio global.

La importancia de Marx, el pensamiento crítico y el “lado” negativo de la historia

Karl Marx junto a Frederick Engels observaron con claridad ya en el siglo XIX que la modernidad burguesa y capitalista estaban agotadas en su ciclo ascendente; aquellos aportes, valores y elementos que este sistema pudo haber ofrecido y que, efectivamente, enriquecieron la historia, la sociedad y la civilización, estaban llegando al agotamiento de sus posibilidades. El marxismo se constituye, en palabras de Antonio Aguirre, como el “lado malo o negativo” de la modernidad, de una modernidad que lleva en su germen sus propios límites llamados a deconstruirse y superarse.¹³ El marxismo es la crítica destructora de todos los discursos positivos de la modernidad burguesa y, específicamente, en la historia actuó de manera *doblemente crítica* ante el discurso moderno erudito y el discurso filosófico moderno (Echeverría, 1976), ambos ya mencionados aquí, quienes postulaban teorías a priori de la realidad o una pura objetividad. En otras palabras, el marxismo es consustancial a la modernidad y al mismo tiempo impugna críticamente dicha modernidad, de allí su expresión “negativa”. Debemos aclarar lo que estamos diciendo. No nos interesa meternos en camisa de once varas y decir si Marx logró o no su propósito con su obra. Más bien destacamos la importancia de las ideas de Marx en cuanto su propósito e intención fueron enfrentar las perspectivas dominantes del siglo XIX. Marx es tan importante para las ciencias histórico sociales porque, ante tanto positivismo (conocer los hechos “tal y como son”), Marx propuso una historia interpretativa y explicativa de los hechos humanos, señalando su complejidad, identificando las causas de esos mismos hechos y preguntándose por el sentido general de la historia de los seres humanos. Ante tanta filosofía a priori Marx propone un análisis crítico y riguroso de los “hechos empíricos comprobables”, análisis que, mediante un proceso complejo de comparación, de generalización

¹³ Como el cuidadoso lector ha percibido, nuestro hilo argumentativo sigue de cerca las tesis y afirmaciones propuestas por el historiador y profesor Carlos Antonio Aguirre Rojas a lo largo de su labor científico-social escrita. Su obra es una defensa de la historia crítica como un arma para la libertad y el pensamiento.

epistemológica y de síntesis dialéctica, vaya elaborando justamente esas ‘abstracciones generales’ o modelos globales de explicación y de interpretación de dicha historia social de los hombres. Hoy el aporte teórico crítico de Marx se extiende y ramifica dentro de los diferentes contextos de las historiografías nacionales alrededor de todo el mundo¹⁴, a diferencia de los discursos historiográficos de la modernidad¹⁵, que venían desde el siglo XVII hasta el siglo XIX, y que han entrado en decadencia y repitiéndose sin innovación alguna mediante los estudios eruditos y positivistas legitimadores que se siguen realizando.

La episteme segmentada

Como se ha visto, examinar los discursos históricos modernos remite a la curva general de la modernidad y a la “cultura” que alrededor de ella se ha erigido: la del sistema de los saberes sobre lo social a la cual pertenecen también los discursos historiográficos. Desde esta exposición (y disposición) de hechos en el espacio tiempo es que se configura esta “episteme” fragmentada, protagonista principal del particular estado del mundo actual, del mundo como un objeto segmentado, y en el cual las ciencias pugnan unas con las otras por su autonomización.

Como hemos mostrado, la modernidad se expresó en las filosofías universalistas y abstractas que se apoyaban a su vez en la lógica universal y “natural” del valor, manifestado en el “progreso” histórico-civilizatorio y desdeñoso de la historia local de los diferentes pueblos y sociedades precapitalistas. Ya en el siglo XIX, sin embargo, el modelo colonizador y dominante cuyo principal resultado fue el mercado mundial capitalista llegó a su fin y con él también la

¹⁴ Aunque también hay que señalar la vulgarización de los postulados teóricos de Marx por miles de académicos, políticos y líderes culturales.

¹⁵ Antoine Prost aclara que los conceptos de la historia son el resultado de luchas, rara vez aparentes, en las que los actores intentan hacer prevalecer las representaciones de lo social.

pretendida evolución y progreso universal, promesa de la modernidad. Como no hay nada por descubrir, el capital pone su foco en la lucha material, por la redistribución de los espacios del recién descubierto y finito mundo global. En el ciclo de su curva ascendente de desarrollo la modernidad muestra el agotamiento de su modelo de progreso¹⁶, para empezar su decadencia, decadencia que nosotros perpetuamos hasta el día de hoy. Enfatizamos en que es cuando la burguesía pierde su poder para reivindicar el universalismo cuando el pensamiento negativo o crítico releva su lugar en la modernidad. Es en este espacio secundario donde nacen las ciencias sociales contemporáneas. En otras palabras, el cultivo de la especialización del objeto de estudio: los métodos exclusivos, las técnicas particulares, el lenguaje, conceptos, términos y teorías, todo aquello que caracteriza el cultivo de la especialización se posiciona como protagonista de la actual modernidad. Pese a que hubo un enriquecimiento en cuanto a temas, técnicas y métodos de estudio e investigación como consecuencia de esta segmentación y autonomización de las disciplinas, se da la espalda a las visiones de largo alcance y universales de lo social. Casi la totalidad de las metodologías actuales responden a la necesidad moderna y progresista de dominio, que se ve reflejada en la explotación de la naturaleza, y que utiliza los procedimientos y las aproximaciones científico-experimentales para su propia reproducción. La decadencia del proyecto moderno-capitalista se acentúa en las consecuencias de la explotación y del dominio por la naturaleza y por la acumulación del valor,

“Y entonces, es tal vez esta reactualización permanente de esa aproximación experimental a la naturaleza y al mundo, lo que explica el hecho de que todas las “nuevas” ciencias sociales de los últimos ciento treinta años hayan “soñado”, en algún momento, con ser

¹⁶ El profesor Pachón Soto señala que la unión de ciencia y técnica, en el capitalismo y Estado moderno, el hombre empezó una fagocitosis del mundo, un suicidio producto de dicha conjunción.

*tan “rigurosas”, “objetivas”, “exactas” y “precisas”, es decir, tan “científicas” como las propias ciencias naturales, o duras, o exactas, cuyo modelo constituye el paradigma más o menos confeso de todo el conjunto de nuevas disciplinas o ciencias sociales hoy existentes. Un paradigma que nunca fue alcanzado, ni podía serlo, y que ahora se revela como completamente ilusorio, sobre la base del replanteamiento mismo de esas ciencias equívocamente “exactas”*¹⁷ (Aguirre Rojas, 1998).

A la vez que quedaba relegada la concepción universalista antes cultivada y aumentaban los estudios empíricos y eruditos, durante la segunda mitad del siglo XIX, se fue definiendo la episteme fragmentada y autonomizada que fue, y es hoy día, la esfera dominante de las ciencias sociales.¹⁸

Las resonancias de la revolución francesa: del “mito histórico” de la sociedad inmovil a la aceptación del “cambio normal” y el nacimiento de tres instituciones fundamentales.

Proponemos la noción *impensar*, planteada por I. Wallerstein, debido a la utilidad que nos ofrece en cuanto que alude a la necesidad de librarnos de las restricciones y engaños a que han

¹⁷ Sobre este problema ver también los trabajos de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers.

¹⁸ Esta episteme segmentada no fue la única línea de estudio e investigación, en simultaneo se sucedieron también visiones diferentes, novedosas, “unidisciplinarias” de lo social, como por ejemplo Freud y sus indagaciones sobre la psique, Carlo Ginzburg y la “microhistoria”, Wittgenstein, Immanuel Wallerstein, Claude Levi Strauss, Marc Bloch, Norbert Elias, Fernand Braudel, Walter Benjamin o Michel Foucault, entre otros. Todos ellos y otros tantos han pasado libre y críticamente por las diversas disciplinas científicas de lo social e histórico.

estado sujetas las ciencias histórico sociales y que aun hoy día seguimos reproduciendo. Para ello, no obstante, hay que volver a ciertas consecuencias específicas de la revolución francesa.

Anteriormente habíamos mencionado la Revolución Francesa como ese momento histórico donde se abrieron los archivos y los investigadores, e historiadores, pudieron acceder a un gran acervo documental. Sin embargo, desde la perspectiva de los sistemas-mundo, que como hemos dicho es la indicada para pensar y comprender el mundo actual, la revolución francesa fue, entre otras cosas, el resultado de una competición entre Inglaterra y Francia por la hegemonía de la economía-mundo capitalista que Holanda había empezado a declinar durante el siglo XVII. Competencia que se desplegaba en dos escenarios, el mercado y la capacidad para ser eficiente, y en la fortaleza político militar. En 1763 se firmó el tratado de paz de Paris y marcó la victoria definitiva de Gran Bretaña sobre Francia, el continente americano y la india. Victoria que tuvo consecuencias impredecibles y contradictorias para Gran Bretaña, España y Portugal, pues originó la descolonización, nada más y nada menos. Pero, ¿cómo fue que sucedió? El apoyo que Francia ofreció a los colonos estadounidenses para su independencia, entre 1780 y 1790, dejó una crisis fiscal muy grave. Aunque el estado británico también sufrió, la victoria de 1760 le dio una oportunidad de resolverla a corto plazo.¹⁹ Francia no tuvo más remedio que firmar el Tratado Comercial Anglo-francés (Edén) de 1786, pensando así en crear nuevas fuentes de ingresos. Fue un desastre tanto económico como político. Lo curioso es que, pese a que en 1763 a Francia le estaba yendo bien, la clase instruida pensaba que se estaba quedando atrás con respecto a Inglaterra. En otras palabras, se autoengañaba. Autoengaño que, en últimas, le sirvió para explicar, o justificar, la derrota militar en 1763. Los ingleses no estaban mejor. También se autoengañaban pensando que iban detrás de Francia. En resumen, el uno y el otro creían infundadamente que iban

¹⁹ “El saqueo de Plassey” fue un suceso que aligeró la deuda del estado británico con los holandeses.

detrás de su rival. Pues bien, en 1763 el ambiente general en Francia, cuando el rey convocó a los Estados Generales, era de derrota, de crisis fiscal, de pesar por haber aceptado un tratado (Edén) que dejó desastres por dos años más. En este contexto y espacio político se gestó y poco después desbocó la revolución francesa que no terminó sino hasta 1815. La Revolución francesa fue el producto de una lucha por la hegemonía de la economía-mundo entre Francia e Inglaterra. No vamos a entrar en detalles con respecto a las transformaciones económicas internas de Francia como resultado de la Revolución y de las conquistas napoleónicas, o de las resonancias políticas y globales que tuvo para países como Haití, Irlanda, Egipto, Santo Domingo y América latina, pues lo que nos interesa es resaltar las consecuencias de la transformación ideológica de la economía-mundo capitalista como un sistema-mundo. Si el mundo ya iba por el camino ideológico, la Revolución francesa creó el espacio para “tres escenarios o conjuntos totalmente nuevos de instituciones culturales que desde entonces han sido una parte crucial del sistema-mundo” (Wallerstein, 1998, p. 4-6).

Cuando las clases gobernantes de Francia, o la burguesía capitalista, vieron las consecuencias de las revueltas revolucionarias de Francia entendieron el peligro que podrían traer las “masas desaseadas” si se proponían tomarse el poder. La revolución francesa se había salido de control básicamente porque campesinos, miembros extremistas del pueblo y las mujeres empezaron a manifestarse y movilizarse y no porque algunos burgueses quisieran cambios políticos. Hay que mirar lo que sucedió en Santo Domingo, por ejemplo. Allí los esclavos negros se tomaron el poder del estado y Francia casi que no puede con ello. De manera que lo que sucedía era algo nuevo, y los burgueses se dieron cuenta. Estos levantamientos fueron verdaderamente los primeros disturbios *antisistemicos*, es decir, contra el sistema capitalista del mundo moderno. Presagiaban importantes cambios cualitativos dentro de la estructura del sistema-mundo capitalista

y esto lo percibió muy bien la burguesía. Si las cosas ya no iban a ser igual, debían cambiar los mitos que habían sostenido durante tanto tiempo los sistemas-mundo y la economía-mundo capitalista. Los cambios eran vistos por los capitalistas como algo desfavorable e indeseable. ¿Qué hicieron? Aceptaron la normalidad del cambio. Solo asimilando y aceptando que el mundo en general, y su mundo particular, entraban en tiempos de cambios a corto plazo fue que la burguesía tuvo la oportunidad de controlar y contener dichos cambios que se avecinaban.

*“Esta extendida aceptación de la normalidad del cambio representó una transformación cultural fundamental de la economía mundo capitalista. Significó que se reconocían públicamente -es decir, de manera expresiva- las realidades estructurales que de hecho habían prevalecido ya por varios siglos: que el sistema mundo era un sistema capitalista, que la división laboral de la economía-mundo estaba limitada por un sistema interestatal compuesto de estados hipotéticamente soberanos. Una vez que se extendió esta aceptación, lo cual me parece que ocurrió más o menos en el periodo de 1789 a 1815, surgieron tres nuevas instituciones como expresión y respuesta a esta “normalidad del cambio”. Estas tres instituciones fueron las ideologías, las ciencias sociales y los movimientos, y comprenden la gran síntesis intelectual/cultural del “largo” siglo XIX, los fundamentos institucionales de lo que a veces se denomina en forma inadecuada “modernidad”.*²⁰ (Wallerstein, 1998, p. 4-6).

²⁰ El subrayado es mío.

El papel de las ideologías y del marxismo

Las ideologías no deben tomarse a la ligera, como simples “mentalidades” o formas fanáticas de un grupo social. Wallerstein es claro cuando señala que las ideologías deben considerarse como instituciones y no como simples visiones del mundo (*Weltanschauungen*). En toda época ha habido visiones que determinan cómo vemos el mundo, eso está claro. La gente siempre ha visto el mundo con lentes fabricados con material histórico. La definición de ideología es que es un tipo muy especial de visión del mundo, o *weltanschauungen*, que se formula de manera consciente y colectiva con objetivos políticos formales. Cuando aceptamos esta definición de ideología entendemos la fuerza que tuvo en la disertación pública que consideraba la normalidad de los cambios como algo, valga la redundancia, normal. Cuando aceptamos el cambio a corto o mediano plazo es necesario formular una ideología, pues resulta útil para plantear objetivos políticos conscientes a mediano plazo. Las tres ideologías que se gestaron en el siglo XIX fueron el conservadurismo, el liberalismo y el marxismo. Todas son hijas de la burguesía o el estrato capitalista. Todas son hijas de la teoría del progreso. El marxismo también aceptó la premisa elemental de la ideología liberal, que era la reforma aprobada conscientemente, y le añadió dos características particulares. En primer lugar, que el progreso se realiza de manera discontinua, a través de revoluciones, y, en segundo lugar, que en el constante ascenso a la sociedad perfecta o definitiva no se había logrado casi nada. La agenda política que resultó de tales modificaciones fue radical y diferente. Tanto el conservadurismo, como el liberalismo y el marxismo son ideologías que se establecieron con el fin de enfrentar políticamente el “cambio normal”.

Agendas políticas y ciencias sociales

Como las ideologías necesitaban agendas políticas fue natural que tales agendas representaran propuestas concretas, pero para ello eran necesarios conocimientos específicos de las realidades del momento. Aquí aparecen las ciencias sociales. Sin ellas simplemente no era posible realizar y controlar los cambios. Los liberales y los marxistas acogieron este conocimiento con entusiasmo, y su creencia en el “progreso” y el cambio social, a diferencia de los conservadores, los impulsó a ello. Insistimos en que las ideologías son más que solo visiones del mundo, y asimismo afirmamos que las ciencias sociales son más que pensamientos sobre lo social. Las ciencias sociales, como se las definió en el siglo XIX, se encargaron de estudiar el mundo empírico social; había que comprender “el cambio normal” para influir en él. Por lo tanto, las ciencias sociales fueron creaciones de grupos de personas dentro de estructuras particulares con fines concretos. La inversión social que implicó tal ejercicio era inédita, y fueron las estructuras universitarias tradicionales europeas, que en 1789 estaban ya casi que muertas, las que fungieron como los lugares celebres para tal inversión. El siglo XIX vio nacer innumerables universidades y con ellas la expansión de las asociaciones de estudiosos y especialistas. El triunfo de la ideología liberal subyace en la denominación de “disciplinas” intelectuales. La agenda de la ideología liberal es la de la economía mundo capitalista, y dio lugar a las condiciones para el crecimiento y construcción de las ciencias o disciplinas sociales.

Ideología liberal, vida cotidiana y redefinición de la historia

Los liberales sostenían que el proceso social se limitaba a tres esferas: el mercado, el estado y la vida personal o cotidiana. Estas tres categorías corresponderían a las ciencias políticas, la

economía y la sociología, respectivamente. Todas basadas en investigaciones empíricas y con fuertes elementos de las “ciencias aplicadas”. La historia, por otra parte, tomó un talante diferente en la figura de L. V. Ranke. Ranke decía que había que escribir la historia tal y como había sucedido, y rechazaba todas las filosofías de la historia, pues las consideraba ajenas a la verdad. La historia si sucede, si ocurre, y para conocerla hay que recurrir a las “fuentes”, leerlas críticamente y establecer los hechos. Por eso decíamos anteriormente que el siglo XIX fue “el siglo de oro” de la historia, porque se institucionalizó y se hizo prescriptiva o idiográfica. Cuatro cosas importantes hay que señalar en la institucionalización de estas cuatro disciplinas: su relación con los principales países de la economía mundo capitalista; los eruditos que utilizaron solo materiales empíricos de su propio país; el modo de trabajar, que era empírico y concreto (había que descubrir las leyes que explicaban el comportamiento humano); una clara base nacional que a la vez que impulsó el estudio empírico restringió el estudio del cambio social, de manera que, a partir de dichos límites impuestos, posibilitaban y sustentaban las políticas del estado y hacían de las disciplinas oficios escasamente subversivos.

La normalidad del cambio en las naciones civilizadas

Con lo anteriormente establecido, las naciones consideraron que, en cuanto ellas mismas eran agentes civilizados, tenían la potestad de imponer al resto del mundo con total legitimidad el ritmo del cambio. Las ciencias, como ya habíamos planteado, nacieron siendo instrumentos de la “civilización”. Intervendrían para describir las costumbres invariables, abrirían el camino para comprender esos otros mundos y “civilizarlos”. La antropología, el orientalismo y demás disciplinas se empeñarían en mostrar elementos invariables en las culturas extrañas a occidente. Todo aquello en amalgama de la ingeniería social que acompañaba tales disciplinas. Las ciencias

sociales como instrumentos para gobernar inteligentemente un mundo donde el cambio era normal, y donde, en todo caso, el cambio lo imponía quien era “civilizado”.

La aparición de los movimientos antisistemicos

Quienes estaban en desacuerdo con estas estructuras impuestas por el mundo burgués percibieron que había que hacer algo y así nació la tercera institución: los movimientos. Entiéndase, la oposición y las rebeliones no son ni eran algo nuevo en la historia. Pero si la visión del mundo o *Weltanschauungen* se había convertido en ideología y el pensamiento social era ciencia social, de la misma manera la rebelión y la oposición se convirtió en movimiento antisistémico. De las tres innovaciones institucionales, ya mencionadas, del sistema-mundo posterior a 1789, los movimientos fueron la tercera y la última. Con todo, fue una innovación que surgió solo después de la revolución mundial de 1848. Los nuevos movimientos antisistemicos se caracterizaron, a diferencia de los anteriores, por ser verdaderas organizaciones -burocráticas, en últimas- que hacían planes y proponían políticas de transformación social, además procuraban funcionar en un marco de tiempo más amplio que al corto plazo. Los movimientos antisistemicos se organizaron de dos formas: alrededor del pueblo como clases trabajadoras en torno al conflicto de clases y que en el siglo XIX se denominaría movimiento socialista, y en movimientos organizados alrededor del “pueblo” como nación, como portavoces de un lenguaje común que se conocería luego como movimientos nacionalistas. Así pues, movimientos socialistas y movimientos nacionalistas. Pese a todo, nos dice Wallerstein que

“mi intención es señalar que a pesar de apelar a los valores “universales”, los movimientos como estaban contruidos fueron estructuras estatales de la misma manera que las ciencias sociales, a pesar de apelar a leyes “universales”, analizaban en realidad fenómenos del estado.” (Wallerstein, 1998, p.24).

Esto quiere decir que, pese a ser movimientos antisistema-capitalista y pese a ser abanderados de valores “universales”, seguían siendo instrumentos de la misma lógica instrumental capitalista. En suma, sus análisis sobre lo que sucedía en el estado tenían un valor de uso fundamental para la economía-mundo capitalista.

El ardor y el afán del cambio social, el acento en el desarrollo y la “fe” en el progreso ha sido el legado del “disturbio revolucionario francés”, y para bien o para mal permitió romper barreras culturales. Así como trajo las tres grandes instituciones nuevas: las ideologías, las ciencias sociales y los movimientos, creó también obstrucciones a esos procesos de cambio de los cuales el mundo ha cobrado conciencia. Ahora bien, insistimos en que la normalidad del cambio, desde 1789, y las instituciones que engendró están en decadencia o simplemente han llegado a su fin. ¿Qué queda de la revolución francesa? La fraternidad, nos dice Wallerstein. No es sino hasta 1968 que la camaradería se hace patente. La homogenización del mundo y la armonía y la igualdad que vendría y que era la supuesta consecuencia de aceptar “la normalidad del cambio” no eran tales. La economía mundo capitalista es más brutal, ha generado más desigualdad económica y social, y, en consecuencia, una firme conciencia de las diferencias.

La revolución cultural de 1968

Finalmente hemos llegado a 1968 y al movimiento que desestructuró la totalidad de lo social. Este año representa el cuestionamiento de la lógica del funcionamiento de las formas dominantes de la cultura vigente. Hablábamos de camaradería, y 1968 representa la crítica radical a todos los gobiernos y modelos dictatoriales y antidemocráticos.

“Porque con la distancia de estos siete lustros transcurridos, es ahora más claro que 1968 es solamente el punto de concentración, y el reflejo más evidente y espectacular, de un momento más amplio de profundos cambios revolucionarios, que recorren prácticamente todo el planeta y abarcan lo mismo a la gran revolución cultural china desatada en 1966 que al otoño caliente italiano de 1969, pasando obviamente por el célebre mayo francés de, la primavera de la Praga checoslovaca, la trágica masacre de los estudiantes y de la población mexicana en octubre de 1968, el breve ensayo de insurrección del “Cordobazo” argentino o los distintos movimientos de ocupación de instalaciones de Nueva York y Berkley en los Estados Unidos, entre tantos y tantos otros.” (Aguirre Rojas, 2004, p. 105)

1968, como revolución cultural, cambia la función social de la familia, la escuela y los medios de comunicación. Por otra parte, el estudio de la ciencia social histórica del presente se legitima a partir de aquí. Ello explica el auge de la historia oral, del impacto de la antropología, debido a que son las masas y las clases populares las que hacen la historia y son ellas las que deben escribir su propia historia, participando y construyendo, junto a los científicos sociales, las obras y los resultados de las investigaciones. Todas las ciencias histórico sociales del mundo occidental

comienzan a abrir a nuevos temas. Aparece lo que hoy conocemos como historia cultural. La reflexión metodológica ofrece también nuevas categorías para explicar las realidades culturales e irrumpen los modelos globales de interpretación. Y no solo ello, las corrientes metodológicas empiezan a impugnar la labor fragmentaria de las ciencias sociales, criticando las limitaciones y los modos de aproximación a lo social. A continuación, prospera la moda, en el mundo entero, de las perspectivas multi/pluri/trans/interdisciplinarios, cosa que sería una manifestación o un síntoma de fondo que sería, precisamente, la necesidad de superar los viejos paradigmas. No por nada hemos ofrecido a Marx su parte en esta reflexión, pues es a partir de las resonancias mundiales de 1968 que se entiende su aporte en lo que será el paradigma de la historia global, siendo la escuela de los annales su máxima representante y mejor heredera. Paradigma que apunta, en últimas, a la eliminación de las barreras de saberes y a la constitución de una nueva episteme.

Además de todo, 1968 significa la ruptura de los modelos generales e inflexibles de la vieja izquierda, aquellos que decían que la clase obrera era la única revolucionaria. El capitalismo, en este marco, al complejizar las relaciones y el mundo mismo desde sus criterios de mercado, ha provocado al mismo tiempo la multiplicación y diversificación de los movimientos sociales. En pocas palabras, el valor y la significación del 68 restituyó la dialéctica de la sociedad y de sus diferentes componentes propuestos ya por Marx a mediados del siglo XIX. Ya no existe más un centro hegemónico desde el cual hacer la historia.

Queremos, por último, mostrar, en términos de Wallerstein, las tesis que sostienen el por qué 1968 fue una revolución del sistema/mundo y el comienzo de la crisis del capitalismo moderno. En primer lugar 1968 fue una revolución en y del sistema mundo. Manifestaciones, desordenes y violencia lo caracterizaron alrededor de todo el mundo por, más o menos, tres años. Fue un año formativo para la historia de nuestro sistema mundo moderno. Es decir, las realidades

culturales/ideológicas han sido cambiadas y fue el año en que ciertas tendencias estructurales endógenas de larga duración cristalizaron. La protesta de 1968 fue fundamentalmente, y en primer lugar, un alegato contra la hegemonía de los estados unidos en el sistema mundo. En segundo lugar, como hemos mencionado, fue una protesta contra los movimientos izquierdistas viejos. Pese a que muchos han querido ver en la contracultura una parte determinante de 1968 sostenemos que no fue así, pues aunque sí que hizo parte del ardor revolucionario no fue políticamente determinante ni trascendente, ya que no era algo particularmente nuevo. Ahora bien, 1968 fue representativo también para los movimientos revolucionarios que representaron las “minorías” o sectores sociales sin clase, y ya no había que subordinarse a los movimientos revolucionarios que representaban las mayorías. Ya dijimos que el papel del proletariado o el obrero había perdido su vigencia para estas alturas de la historia. Fue, además, un año que permitió retomar los debates sobre la transformación social en el seno de los movimientos ansistemicos (Wallerstein, 1993).

Historia y Archivística: ciencias histórico sociales

Una vez narrado el proyecto mundial del que hoy en día somos parte y del que seguimos dependiendo y reproduciendo acríticamente, es justo decir que, tal y como ha señalado Wallerstein, quienes sostenemos que los actuales estudios socio histórico científicos están en crisis somos muy pocos. Al principio se apuntó que la escuela de historia, en su producción intelectual de trabados de pregrado y posgrado y en lo que respecta a las revistas, no ha tocado estos temas de epistemología. Ni antes de la creación del programa de historia y archivística ni después. Por otro lado, a nivel nacional, tampoco se han hecho mayores avances en discutir las actuales condiciones epistemológicas y políticas de las ciencias sociales. Hemos revisado casi que todos los repositorios

digitales disponibles y hemos dado cuenta que el tema aquí tratado es prácticamente inédito.²¹ En este cuadro amplio que hemos intentado exponer y relatar se nos escapan un montón de observaciones y análisis que hemos tomado de los autores a quienes hemos seguido con respeto y admiración. El interés que nos ha motivado es salir de los lugares de confort y empezar a pensar juntos unas ciencias histórico sociales alejadas de las limitadas categorías disciplinares. Comprendemos que es más fácil decirlo que hacerlo.

Ahora bien, los trabajos y las reflexiones archivísticas encontradas se centran todas en la historia de la historia o de la archivística o de cómo ambas confluyen y se encuentran. O si no, se han centrado en la importancia de la interdisciplinariedad de ambas. A la archivística le apelan primero su servicio en calidad de auxiliar de la historia, y por otro lado los mismos archivísticas, como defendiéndose, dicen que la historia es auxiliar de la archivística. En todo caso, observamos que el problema discutido aquí, el problema de fondo, que es la raíz de todas estas discusiones, esto es, la epistemología de las ciencias sociales, no se discute. En otras palabras, se da por sentado que la historia y la archivística y demás ciencias sociales pertenecen a ámbitos separados de la realidad y, en consecuencia, se insiste en la necesidad de pensarlas unívocamente. Como ha señalado Wallerstein, no se trata de disciplinas, se trata de todo un proyecto que ha planteado las cosas tal y como están. Proyecto que hemos intentado delimitar acá. Pues si algo nos ha ocupado a lo largo de esta reflexión es precisar que el origen de las disciplinas contemporáneas pertenece al proyecto más amplio de la modernidad capitalista, a una economía y sistema mundo que ha tenido unos propósitos claros desde su fundación en 1492. Las ciencias sociales, tanto la historia como la archivística, y todas las demás, nacieron con propósitos muy claros: mapear el mundo,

²¹ Si hay trabajos reflexivos como el que acá nos planteamos y algún lector del presente texto conoce rogamos sentidas disculpas por pasar por alto tan valiosos aportes. El trabajo de revisión de la literatura es siempre dispendioso y aceptamos cualquier error humano cometido aquí.

proveer información a los estados y a las instituciones para poder así regular el comportamiento de los seres humanos y controlar el cambio social.

De manera que queremos centrarnos en unos aspectos específicos de la escuela de historia y archivística de la Universidad Industrial de Santander. Aspectos que la profesora Ivonne Suarez Pinzón ya había señalado lucidamente recién en el 2013, año en que se creó la carrera, destacando la crítica al positivismo, entendido este como la dependencia inevitable que sigue teniendo la archivística al estado y a las instituciones y que resalta específicamente en su funcionalismo y operatividad. Dependencia grave en cuanto que el oficio científico social debe ser por encima de todo crítico con el poder. La profesora Suarez apunta a que gran cantidad de instituciones, en lo que respecta a la relación subsistente entre documento-historia y poder, aún perdura una “valoración mitológica”²². Varios puntos que la autora trata en su artículo queremos traer acá, reflexionando sobre ellos y apropiándonos de sus posturas para sacar nuestras propias conclusiones.

1. Los documentos de archivo, al pertenecer a instituciones oficiales, siguen reproduciendo visiones parciales y hegemónicas de la realidad. Es cierto que hoy en día ya existen políticas y lineamientos para tener en cuenta y rescatar la documentación perteneciente a “los de abajo”, a las comunidades que no han sido parte oficial de las instituciones. Pero surgen preguntas respecto a los soportes documentales en que dichas comunidades han plasmado su sentir y sus modos de vida. En otras palabras, el estado

²² Esto no es extraño si tenemos en cuenta que vivimos en un paradigma de sistema-mundo el cual prioriza el beneficio económico y el control y la regulación de los ciudadanos.

sigue siendo el argumento supremo de autoridad, y “debemos” continuar sujetos a sus direccionamientos.

“En efecto, contrastó el concepto de documento, con el de monumento que proviene del verbo monere, que significa hacer recordar, avisar, iluminar, instruir, y en tal sentido es utilizado por el poder no como documento objetivo, sino con intencionalidad, pretendiendo una inocencia que no es tal. Para Le Goff, así como para Michel Foucault, todo documento es monumento en tanto no se presenta a sí mismo sino que contiene una intencionalidad que es, por lo menos, nacionalista, cuando no imperialista; el documento es monumento.” (Pinzón, 2012, p.12)

2. Mientras el oficio científico social siga dependiendo del poder político, por más que se alegue pensamiento crítico, seguiremos pensando, trabajando y creando bajo unos imperativos y lineamientos externos. En otras palabras, las ciencias sociales siguen al servicio de intereses particulares e ideológicos. Por ejemplo, no hay que olvidar que genealógicamente el testimonio nació como una memoria del poder, y esto sigue siendo así. La legitimidad de los grupos sociales en el pasado o instituciones en el presente depende de la *sacralidad* que detentan los documentos en cuanto que reproducen versiones de poder.
3. Es importante decir que si bien hemos querido impugnar las raíces epistemológicas del estado actual de las ciencias sociales entendemos la dificultad del cambio, pues las relaciones que los documentos tienen al día de hoy con el poder institucional son abismales. La cantidad de dinero y tiempo invertidos por parte de organismos públicos y privados a los archivos es inmensa, y esto genera naturalmente muchos intereses

- ulteriores debido a la información que legitima y testifica una serie de actos y ejercicios burocráticos, y el archivo histórico regional de la UIS es un claro ejemplo de ello (Archivo Histórico Regional et al., s. f.). Aquí nos limitamos a señalar la necesidad de unas ciencias sociales menos ligadas a las instituciones que detentan el poder pero, asimismo, sean estos guardianes imparciales de la documentación.
4. El funcionamiento de la archivística desde el marco del funcionalismo. Creemos importante que, en función del marco más amplio en el que se inscribe la archivística como ciencia histórico social, salga de ese espacio en el que sirve simplemente como testimonio de unas funciones o como servicio exclusivamente institucional.
 5. Por lo anterior, consideramos que la archivística, tal y como la entendemos hoy, pese a estar legitimada por el estado y las instituciones, tanto públicas como privadas, o precisamente por ello mismo, continua reproduciendo el mito de la autenticidad y de la objetividad.
 6. Dice Jacques Le Goff en “El orden de la memoria”

“El documento no es una mercancía estancada del pasado; es un producto de la sociedad que lo ha fabricado según los vínculos de las fuerzas que en ellas retenían el poder. Sólo el análisis del documento en cuanto documento permite a la memoria colectiva recuperarlo y al historiador usarlo científicamente, es decir, con pleno conocimiento de causa.” (Le Goff, 1991, p.236)

A continuación, reproducimos el acto de entrega de la documentación de Girón el 3-6 de marzo de 1992

“Palabras del doctor Alberto Forero Osorio Gerente del Banco de la República Bucaramanga, con motivo de la entrega oficial del archivo de Girón restaurado. Señoras y Señores: El motivo que nos congrega hoy en Bucaramanga es de veras muy especial: El Banco de la República de Colombia entrega hoy a la comunidad de Girón, a la de Bucaramanga y a la de Santander el archivo restaurado de la ciudad de Girón, quemado en un absurdo incendio iniciado por un preso en la noche del 31 de agosto de 1977, en la cárcel municipal de Girón, el cual se propagó al Palacio Municipal que ardió como una tea hasta la madrugada. El desastre patrimonial para Santander fue muy grave. Después de grandes esfuerzos inmediatos llevados a cabo por diferentes miembros de la comunidad que consideraron importante el archivo como los miembros del Club de Leones de Girón, el Cura Párroco de Girón Isaías Duarte, la Coordinadora Regional de Colcultura Doña Lucila González Aranda y muchos anónimos gironeses que acudieron al rescate de los archivos, la Universidad Industrial de Santander, el Archivo Nacional de Colombia, la Gobernación de Santander, el Ejército Nacional y Coltabaco apoyaron la acción de preservar este archivo.” (Archivo Histórico Regional et al., s. f., p. 24)

Hemos expuesto, en primer lugar, una cita de Jacques Le Goff sobre el valor del documento como un producto fabricado de la sociedad. En segundo lugar, hemos reproducido un fragmento del acto de entrega oficial del archivo de girón restaurado por toda una serie de organizaciones y personas involucradas. Esta es la memoria colectiva recuperada que el archivista o historiador deben trabajar científicamente. Con esto queremos decir simplemente que aun al día de hoy los principios que fundamentan formalmente la ley 594 de 2000 (*LEY 594 DE 2000 / Normatividad AGN*, s. f.) fueron los mismos principios que guiaron la restauración y organización del Archivo de Girón. Es decir, principios científicos. Científicos en cuanto nos permiten una operatoriedad, un orden que hace que los documentos sean accesibles. Principios funcionalistas. Pero, en últimas,

lo que intentamos decir es que tales principios operatorios, normativos, legales, mientras no reformulemos las categorías epistemológicas de fondo, seguirán reproduciendo la hegemonía institucional y estatal. En otras palabras, no cuestionamos, antes bien, respetamos y admiramos la labor de tantas personas involucradas en la titánica tarea de organizar la documentación. Sin embargo, es urgente que los métodos de investigación vuelvan a definirse con un nuevo objetivo: explicar el sistema particular en el que actualmente vivimos, que es a gran escala, que se ha desarrollado a lo largo del tiempo y sufre una grave crisis estructural.

Conclusiones

Al inicio de este escrito y reflexión dijimos que, junto a los planteamientos de Wallerstein, es muy necesario impensar las ciencias sociales hoy más que nunca. Vivimos en una crisis no solo de las ciencias sociales sino política, social, cultural, crisis que ha sido generada y perpetuada por la actual economía-mundo capitalista. El sistema-mundo actual es producto de unas elites que se niegan a cambiar su forma de vivir y de convivir con los otros seres humanos y con la naturaleza. Ante la crisis mundial y estructural que vivimos proponemos trabajar juntos, cuestionar críticamente la razón fundacional, organizarnos colectivamente en lo que queremos llamar ciencias sociales históricas. Pero para hacerlo tenemos que empezar por casa, por nuestra propia escuela de historia y archivística y por la producción intelectual que estamos generando como investigadores y pensadores sociales. Debemos entender que el sueño de la objetividad ha sido eso, una ilusión, una fantasmagoría que se nos ha repetido hasta el hartazgo. Pensar juntos y construir juntos significa pensar la realidad como una sola y múltiple. Proponemos una forma de vivir y de pensar holística. Creemos asimismo que las ciencias sociales históricas son una herramienta para la

transformación del presente. Cuando decimos esto no hablamos de revoluciones ni de posturas reaccionarias, simplemente hacemos hincapié en el compromiso cívico del historiador. ¿No es cierto que los historiadores y demás científicos sociales viven en una burbuja? No seremos nosotros los que vamos a responder esa pregunta, pero vale formularla. Rechazamos el academicismo, por lo tanto, el statu quo y el orden establecido, las rutinas en que han caído y en la que se sienten -al parecer- muy bien los académicos y las instituciones universitarias. Alegamos que las condiciones históricas actuales no son propicias en cuanto a igualdad y libertad respecta. Las guerras judiciales, hoy de moda, las guerras explícitas, que no han pasado de moda; los líderes despóticos, la perpetua injusticia social. No hay que ir tan lejos, hoy por hoy en Colombia somos de los países más desiguales de Latinoamérica y del mundo (*La desigualdad en Colombia no cede / Universidad del Rosario*, s. f.). Moreno Friginals, ese historiador que los académicos serios y solemnes no conocen lo diría de forma hermosa: “*Quien no sienta la alegría infinita de estar aquí, en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como él creador de nueva vida, está incapacitado para escribir historia.*” Las palabras las cita Josep Fontana en el libro que ya hemos citado aquí. Por lo tanto acá no cuestionamos quienes viven y aman el oficio científico social, sino a los acomodados que, en silencio, continúan perpetuando la burocracia cultural y académica. Josep Fontana, por otra parte, a quien no habíamos mencionado pero por quien sentimos gran admiración, dedicó todo un libro a impugnar la vida política y económica actual y al mismo tiempo añeja en su libro “*Capitalismo y Democracia 1756-1848. Cómo empezó este engaño*”. Dejamos al lector la inquietud de su lectura, así como el de su otro libro “*La historia de los hombres*”. Textos que recuerdan el compromiso y la función no solo social sino política y cívica que tiene el historiador que de verdad ama su oficio.

Ahora bien, tras esta digresión, esperamos haber logrado generar en el lector la necesidad de *impensar* su oficio y su vocación actual, pues lo escribimos con la convicción inmediata de una reestructuración de las ciencias sociales, proclive verdaderamente a la creatividad y alejada de limitaciones constrictivas y, en últimas, burocráticas, repletas de tecnicismos, que lo que hacen es aburrir al estudiante que busca inspiración y vocación. Tanta es hoy en día la impostura de los coloquios y congresos que, si bien son útiles y ofrecen intercambios intelectuales y culturales, no se salvan de la parodia.²³ Insistimos en que, en nuestra crítica, no estamos diciendo que las cosas van “mal”, pero tampoco que van “bien”. Hemos tratado de perfilar unos rasgos generales pero la tarea de pensar y construir sociedad y conocimiento es continua. Wallerstein, ya en 1998, en el informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, señalaba que uno de los grandes inconvenientes para la reestructuración de las ciencias sociales era el financiamiento y la asignación de recursos. La situación, nos dice, es similar a la que existía en la primera mitad del siglo XIX. Ya entre 1850 y 1945 las disciplinas redujeron su número de categorías disciplinarias a una lista regularmente aceptada a la que hoy nos hemos acostumbrado. Wallerstein postula que para ir más allá del patrón trimodal de campos: ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades hay que pensar en la reconfiguración de las facultades. En la primera mitad del siglo XIX se presenciaron patrones parecidos de realineación, la pregunta es si hoy, primera mitad del siglo XXI, pueda ser similar. Por último, quisiéramos hacer un llamado al “reencantamiento del mundo”, que no es un llamado a la mistificación sino a derribar las barreras entre seres humanos y naturaleza. Hoy sabemos que el científico no puede ser separado de su contexto físico y social, sabemos que toda medición modifica la realidad al registrarla. Sabemos que el mayor problema, ya trazado en este escrito, es cómo superar la separación artificial,

²³ Véase la obra literaria “Trilogía del Campus” de David Lodge, en la que parodia y satiriza la vida académica de coloquios y congresos.

levantado en el siglo XIX, entre lo político, lo económico y lo social. Queremos en fin, plantear que si ha de haber una reestructuración de las ciencias sociales hay que dimitir del individualismo académico y de la envidia entre pares y procurar atraer a cualquiera que esté interesado/a en trabajar colectivamente, no desestimando a nadie por raza, genero, clase o cultura, ya que para proponer un mundo diferente lo primero es salir de la arraigado modelo moral del capitalismo y del individualismo como forma de pensar y de vivir.

Referencias Bibliográficas

Fuentes primarias

Archivo Histórico Regional, Universidad Industrial de Santander, Facultad de Ciencias Humanas, & Escuela de Historia. (s. f.). *Reseña histórica de la creación del Archivo Histórico Regional* (Reseña histórica 1; p. 27). Universidad Industrial de Santander.

Libros

Adorno, T., & Horkheimer, M. (1969). *Dialéctica del iluminismo*. Sudamericana.

Aguirre Rojas, C. A. (1998). *Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo XX. Una visión desde la larga duración*. En *Cincuenta años de investigación histórica en México* (Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 9-17). Universidad de Guanajuato.

https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343_04_02_TesisItinerario.pdf

Aguirre Rojas, C. A. (2004). *La historiografía en el siglo XX, Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* (2004.a ed.). Ediciones de Intervención Cultural.

Balandier, G. (1993). *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales, elogio de la fecundidad del movimiento* (3.a ed.). Gedisa.

Braudel, F. (1984). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Alianza Editorial.

Florescano, E. (2012). *La función social de la historia*. Fondo de Cultura Económica.

Gerbi, A. (1960). *La disputa del nuevo mundo, Historia de una polémica, 1750-1900*. Fondo de Cultura Económica.

Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria* (1.a ed.). Paidós.

Lepénies, W. (1994). *Las tres culturas, La sociología entre la literatura y la ciencia* (1.a ed.). Fondo de Cultura Económica.

Macpherson, C. B. (2005). *La teoría política del individualismo posesivo, de Hobbes a Locke* (1.a ed.). Trotta.

Moreno Fragnals, M. (1983). *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*. Editorial Crítica.

Pomian, K. (2007). *Sobre la historia*. Catedra.

Prigogine, I., & Stengers, I. (1990). *La nueva alianza, Metamorfosis de la ciencia* (Alianza Universidad). Alianza Editorial.

Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial, Tomo I*. Siglo XXI.

Wallerstein, I. (1988). *El capitalismo histórico* (1988.a ed.). Siglo XXI.

Wallerstein, I. (1993). *1968: Revolución en el sistema/mundo*. VIENTO SUR, 14.

Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI.

Wallerstein, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales* (1.a ed.). Siglo XXI.

Artículos en revistas

Andrés Díaz, R. de. (1988). Las fuentes de información archivística y su aplicación a la investigación histórica. *Studia historica. Historia contemporánea*, 6, 269-282.

Ávila, R. F. de, Matos, M. T. N. de B., & Rendón Rojas, M. Á. (2021). Teorizar la teoría: Un debate sobre la independencia epistemológica archivística. *Investigación bibliotecológica*, 35(86), 13-28. <https://doi.org/10.22201/iibi.24488321xe.2021.86.58228>

Cabezas Bolaños, E. (2000). El papel de la archivística en la nueva sociedad de la información. *Diálogos: Revista electrónica de historia*, 1(2), 6.

Calderón Berrocal, M. del C. (2016). La archivística y gestión documental en la empresa. *Tabularium Edit*, 1(3), 88-117.

Carmona, C. M. (2004). Consideraciones sobre el método en Archivística. *Documenta & instrumenta*, 1, 35-46.

Casareto, L. M. (2018). Hilos entre la comunicación, la historia y la archivística. *Hilo_s Documentales*, 1(1), 1.

Cayetano Martín, M. del C. (2000). Las raíces de la Archivística contemporánea en España y el Ayuntamiento de Madrid (1821-1867). *Cuadernos de documentación multimedia*, 10, 14.

Delgado, A. (2014). El archivero infiel: La conquista de la independencia por parte de la archivística contemporánea. *Ayer*, 96, 203-214.

Díaz Rodríguez, M. del R. (2009). Los archivos y la Archivística a través de la historia. *Bibliotecas. Anales de Investigación*. <http://eprints.rclis.org/25385/>

Dorado Santana, Y., & Mena Mugica, M. M. (2009). Evolución de la ciencia archivística.

ACIMED, 20(1), 0-0.

Duplá del Moral, A. (1999). Los profesionales ante el nuevo milenio: La calidad como factor

fundamental en el planteamiento de la concepción, organización, funcionamiento y

servicios en materia de archivos. *Revista general de información y documentación*, 9(2),

85-117.

Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. En *La Colonialidad del saber:*

Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas (CLACSO, Consejo

Latinoamericano de Ciencias Sociales). CLACSO.

Echeverría, B. (1976). Discurso de la revolución, discurso crítico. *Cuadernos Políticos*, 10, 44-

53.

Engels, F. (2021). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. AKAL.

https://www.akal.com/libro/del-socialismo-utopico-al-socialismo-cientifico_51510/

Ferraggine, J., & Bahr, C. (2023). Reflexiones metodológicas: Diálogos entre historia y

archivística. *Mundos hispánicos: historia, cultura, patrimonio*, 2023, ISBN 978-987-

47697-3-2, págs. 683-694. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9209204>

Galende Díaz, J. C., & García Ruipérez, M. (2003). El concepto de documento desde una

perspectiva interdisciplinar: De la diplomática a la archivística. *Revista general de*

información y documentación, 13(2), 7-35.

García, L. F. J. (2008). La formación archivística y la investigación. *Revista CODICES*, 4(II).

Heredia Herrera, A. (1981a). El archivero de administración local. *Boletín de la ANABAD*, 31(4), 539-543.

Heredia Herrera, A. (1981b). El archivero y la información documental. *Boletín de la ANABAD*, 31(4), 545-547.

Heredia Herrera, A. (1983). Esquema de un programa archivístico. *Boletín de la ANABAD*, 33(1), 79-84.

Heredia Herrera, A. (1988). Nuevos archivos, nuevos documentos. *Boletín de la ANABAD*, 38(4), 349-354.

Heredia Herrera, A. (1991a). Descripción y normalización. *Boletín de la ANABAD*, 41(2), 51-59.

Heredia Herrera, A. (1991b). Limitaciones archivísticas a la accesibilidad. *Boletín de la ANABAD*, 41(3), 121-128.

Heredia Herrera, A. (1993). Descripción archivística e instrumentos de descripción. Posturas recientes en Francia y España. *Irargi: revista de archivística*, 5, 41-58.

Heredia Herrera, A. (1994). El servicio de los Archivos. *Revista TRIA*, 0, 97-104.

Heredia Herrera, A. (1997). Archivística: Tradición y desarrollo. *PH: Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 5(21), 141-145.

Heredia Herrera, A. (1999a). La difusión del Patrimonio Documental y el ejercicio del Derecho a la Información. *Boletín de la ANABAD*, 49(3), 349-357.

Heredia Herrera, A. (1999b). La identificación y la valoración documentales en la gestión administrativa de las instituciones públicas. *Boletín de la ANABAD*, 49(1), 19-50.

- Heredia Herrera, A. (2003). Archivística hoy: Tradición, novedad y desarrollo. *Revista TRIA*, 10-11, 103.
- Heredia Herrera, A. (2005). Cuestiones de identidad archivística. *Boletín de la ANABAD*, 55(3), 75-89.
- Heredia Herrera, A. (2008). La representación de los custodios de la memoria: La ISIAH. *Boletín de la ANABAD*, 58(4), 271-282.
- Heredia Herrera, A. (2010). Del nuevo contexto documental, de las funciones archivísticas, de la terminología: Unidad para la identidad. *Boletín de la ANABAD*, 60(1), 34-52.
- Heredia Herrera, A. (2016). Diplomática, Archivística e Historia. Afinidad y relación. *Archivo General de Indias: el valor del documento y la escritura en el gobierno de América*, 2016, págs. 9-19. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5845604>
- Heredia Herrera, A. (2019). Terminología archivística: Conceptos y uso. *Revista TRIA*, 23, 63-76.
- Herrera, A. H. (2021). De la identidad archivística. Del documento al dato o del dato a la información. *Anuario Escuela de Archivología*, 13.
- Jaén García, L. F. (2001). La legislación archivística en América Latina. *Diálogos: Revista electrónica de historia*, 2(3), 8.
- Lopera, G., & Lucía, M. (2009). Archivística: Fundamentación teórica y tradición formativa. *SSRN Scholarly Paper 2943450*. <https://papers.ssrn.com/abstract=2943450>
- López, P. (1995). La tradición archivística española. *PH: Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 3(12), 66-70.

- Marín Agudelo, S. A. (2012). Estado de la archivística en América Latina 2000-2009: Perspectivas teóricas y aproximaciones conceptuales. *Investigación bibliotecológica*, 26(57), 77-101.
- Mendo Carmon, C. (2017). Los archivos y la archivística: Evolución histórica y actualidad. <http://148.202.167.116:8080/xmlui/handle/123456789/878>
- Mendo Carmona, C. (1995). El largo camino de la Archivística: De práctica a ciencia. *Signo: revista de historia de la cultura escrita*, 2, 113-132.
- Pachón Soto, D. (2010). Crítica y redefinición de la categoría de progreso: Hacia una «forma-vida-orgánica». *Ciencia Política*, 5(9 (Enero-Junio)), 131-154.
- Palomino Urbano, D. (1963). Archivística y su importancia en Colombia. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 6(3), 372-379.
- Pinzón, I. S. (2012). Historia y archivística: Memorias del poder. *Cambios y Permanencias*, 3.
- Prado Martínez, C. (2008). Archivística: Concepto y método. *ACIMED*, 16(6), 1-3.
- Prat Giménez, R. (2006). De la teoría a la práctica: El papel de los archivos en la sociedad de la información. *Anales de documentación*, 9, 5-10.
- Ramírez, I. M., & Sedeño, I. A. (2008). La investigación en Archivística: Los trabajos de investigación de fin de máster en Archivística. *Tabularium edit*, 2, 52-80.
- Ramírez y Ramírez, J. (2005). Propuestas metodológicas para la archivística contemporánea. *Cuadernos de documentación multimedia*, 16, 33.
- Rodríguez Pérez, S. (2009). Paradigmas emergentes en la Archivística actual. *Tabularium edit*, 4, 115.

Santana, L. M. D. (2001). El significado y la función de la archivística en la formación integral del individuo. *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, 2(2), 11.

Tortosa García, E. (2007). Los archivos y la archivística en la era digital: Una revisión teórica. *Cuadernos de documentación multimedia*, 18, 34.

Viegas, P. (2017). Conceptos de la Archivística: Evolución y perspectivas. *Archivos de la memoria*, 11, 25-39.

Viegas, P., & Ballesta Pagés, M. (2017). Descripción archivística y nuevos paradigmas. *Archivos de la memoria*, 9, 70-86.

Leyes

LEY 594 DE 2000 / Normatividad AGN. (s. f.). Recuperado 16 de marzo de 2024, de

<https://normativa.archivogeneral.gov.co/ley-594-de-2000/>

Anexos

Archivo Histórico Regional, Universidad Industrial de Santander, Facultad de Ciencias

Humanas, & Escuela de Historia. (s. f.). *Reseña histórica de la creación del Archivo*

Histórico Regional (Reseña histórica 1; p. 27). Universidad Industrial de Santander.

“Los apéndices están adjuntos y puede visualizarlos en la base de datos de la biblioteca UIS”.